



Tanta metáfora abruma

por Marina Locatelli

El cisne negro (Black swan), de Darren Aronofsky. Con Natalie Portman, Mila Kunis y Vincent Cassel.

Nina (Portman) es una integrante de la compañía de ballet del *Lincoln Center* quien ha sido seleccionada por el director de la compañía (Cassel) para interpretar tanto al cisne blanco como a su alter ego, el cisne negro, en una nueva producción del clásico *El lago de los cisnes* -convirtiéndose así en la nueva *prima ballerina*. Los problemas de Nina, sin embargo, son muchos. Su profesionalismo, su entrega, su técnica, su ingenuidad y su pureza son perfectos para el rol del cisne blanco pero no así para el del cisne negro. Este papel requiere de sensualidad, pasión, osadía y confianza que la etérea Nina no posee. Como si estas fuesen pocas cosas con las que lidiar, se le suma una personalidad altamente reprimida (para muestra, un rodete); mucha frustración sexual que nunca logra canalizarse; una madre ex-bailarina, obsesiva y castradora con la que mantiene una para nada sana relación de tintes incestuosos; una nueva contrincante por el doble papel del cisne, Lily (Kunis); y una antigua y resentida estrella del ballet, Beth (Ryder), a la altura de cuyas zapatillas debe esforzarse por estar.

La transformación -hecha carne, sudor y lágrimas- desde ese cisne blanco (puro) hasta este nuevo cisne negro (pasional) es lo que la película se encarga de relatar apelando a una metáfora tras otra, en una carrera sin tregua hacia la obviedad. La infantil habitación de Nina, rosa y llena de peluches, su voz añorada, la cajita de música, su vestido de noche blanco, su tapadito rosa están ahí para gritar pureza. La liberación de las pasiones se anticipa en sus sueños homoeróticos, en el pelo suelto de Lily y en su vestimenta siempre negra, en el rojo del lápiz labial robado a Beth, en la música y las luces de una discoteca. La madre castradora se explicita, sin contar los innumerables llamados telefónicos, en esa escena donde le corta las uñas para que no se lastime. Y, por si el espectador distraído no se había dado cuenta, Aronofsky repite *ad infinitum* la metáfora de la herida como represión que intenta aflorar: la uña partida del dedo del pie, el sonido de huesos que se quiebran, las lastimaduras de la espalda, la piel que se saca del dedo de la mano, la pierna maltrecha de Beth, las heridas que se inflige ésta con la lima de uñas, la sangre que cae en la bañera, etc. Cuando, por fin, lo reprimido aflora definitivamente no escatima en gastos: lo animal como metáfora de lo pasional en la mayor variedad posible. De su propio cuerpo, Nina extrae espinas, en su piel se comienzan a dibujar las formas de un reptil, los sonidos que emite son guturales, sus ojos se insuflan de sangre y se asemejan a los de una víbora. La música, en un *crescendo* continuo, remarca las acciones y no deja dudas sobre donde estaba el clímax del relato.

Como frutilla en el postre de la redundancia, las tres facetas de un mismo personaje: lo que es (Nina), lo que desea ser (Lily) y aquello en lo que se convertirá (Beth), interpretados por tres actrices con un *physique du rôle* sospechosamente similar, encauzan desde el principio la interpretación de la trama y no dan lugar a desvaríos.

Más allá de la tensión constante que nunca termina de cuajar entre la estilización de las imágenes, que embellece e ilustra lugares comunes, y el

octubre
2016



ISSN: 1853-0427

verismo que se escapa de la utilización de la cámara en mano, lo que molesta es la unicidad de significación que se agota con la primera visión de la película. No es el ballet lo que importa, ni la vida sacrificada y obsesiva de los artistas. No es ni el arte por el arte, ni la superación personal. Aquí se jerarquiza, por sobre todo lo demás, la metáfora sobreexplicada.

Esto no es un thriller psicológico, sino un drama psicologista y alucinógeno que pretende congeniarse con el espectador mostrándole lo mismo una y otra vez, de una y mil maneras. El trazo grueso se dispara todo el tiempo, demostrando que la sutileza es un bien que escasea. Hacia el final del relato, la saturación metafórica lograda por el argumento, las actuaciones, las imágenes, los sonidos y la música, es tal que se recibe con alegría el desenlace de esta fábula moralizante que, evidente desde el comienzo, bien podría haberse ahorrado unas cuantas imágenes truculentas.

(2) Comentarios

Bere Valencia
dice:

a veces... se necesita leer o hacer una crítica así para ordenar el desorden gracias bere

13.05.11

José Tripodero
dice:

Muy de acuerdo con el enfoque de tu crítica.

05.05.11

Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:
11-10-2016 14:55:08

buscanos en facebook!



IUNA

Instituto Universitario Nacional del Arte

Azcúenaga 1129. C1115AAG

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

(54.11) 5777.1300

Área Transdepartamental
de Crítica de Artes

Bartolomé Mitre 1869

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.